

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Los enfermos.

—¡Ay qué calor, caro tío! fuego corre por mis venas! Jesús! Jesús! qué sofoco! le aseguro á usted que mientras dure el verano, no salgo ni aun á oír misa siquiera. Tales fueron las palabras que dijo airado el baviaca de Papamoscas, poniéndose de su tío en la presencia.

—Ven, acércate, hijo mío, conmigo á la chimenea, le contestó el buen anciano; quítate el frac y las medias, el pantalon, la camisa, y en fin, todo lo que quieras, siempre que en cueros no quedés

para evitar la indecencia.

—Pues bien! si á usted le parece solo con la gorra puesta me quedaré, y de este modo no ofenderé su vergüenza.

—Corriente! estoy convenido! ahora espero me des cuenta de las visitas que has hecho: ¿en dónde has estado? empieza!

—Pues señor, como usted sabe, salí con alma resuelta á ver cuatro ó cinco enfermos que se mueren de esta hecha! Fui en casa de *El Herald* que me tenía de veras con cuidado...

—Y qué tal sigue?

—Tiene muy mal la cabeza!
la enfermedad que padece
es de las que no remedia
ni Dios ni el diablo.

—Qué tiene?

—Un embuste en una pierna,
adulacion en el pecho,
sed de sangre en las caderas,
vanidad en la garganta
y un candado en la conciencia.

—Males son, amigo mio,
que tarde ó temprano llevan
á la muerte: y á Camorra
le visitaste?

—A la media
hora: postrado en la cama
continuamente se queja:
está flaco y descarnado;
sin embargo, su dolencia,
á mi ver, tiene remedio.

—Y qué padece?

—En la lengua
un insulto duplicado:
en el vientre una polémica
que se le va indigestando:
dejéle por ir de prisa,
y en la calle de S. Roque
entré á visitar *La Prensa*:
pobre señora! qué lástima
me dió, D. Cenón, al verla!...
la han sacado tanta sangre
que ni dos onzas la quedan;
sin embargo, ella trabaja
por conservar su existencia;
pero es lo malo que el médico
que tiene de cabecera,
permite á sus *practicantes*,
y algunos no saben *letra*,
que la den de cuando en cuando
de su *chirumen* recetas;
y como esto no se evite
van á mandarla á la huesa.
Luego fui á *El Popular*
que le va entrando gangrena,
pero él se tiene la culpa
si el demonio se le lleva:
figúrese usted, tío mio,
que ha dos noches en la cena
se comió una *situación*
con veinte *elogios* revuelta,
luego cuarenta *mentiras*,
producto de su cosecha,
y además *lamió* los platos...

—Papamoscas, ¿qué me cuentas?

—Lo mismo que está usted oyendo.

—Válgame santa Teresa!

—Así es, que dicen los médicos
al verle: *Requiem eternam!*

Salí de su casa al punto
condelido muy de veras,
y en la de *El Observador*
entré sério por la puerta:
sentado en el suelo estaba
poniendo en una calceta
una grande cataplasma
que con veinte sanguijuelas
le acababa de mandar
para el dolor de cabeza
su médico D. Ramon

Valladares y Saavedra:
nos saludamos, y luego
que hablamos de otras materias,
me atreví á darle un consejo
en favor de su existencia.

—Tú consejero, Serapio?
por Cristo que no seas bestia!

—Le dije que si queria
estar con salud perpétua,
era preciso que al punto
al médico despidiera,
ó de lo contrario iba
á llevárselo *Pateta*.

—Por qué?

—Porque, la verdad!
no es muy grave su dolencia,
y con remedios *caseros*
podrá salvar la *pelletja*,
pero en manos de ese médico,
que aunque *bachiller en letras*,
no está segun mi dictámen,
muy ducho en aquella *ciencia*,
antes de cuarenta dias
estará mascando tierra.

—Vamos á ver, y despues?...

—Despues seguí mi tarea
y fui á ver *La Esperanza*!
Infeliz! se queda ciega...
por mas *pañitos calientes*
y *alabanzas y promesas*
de que usa para curarse,
no hay remedio para ella:
la ha salido una *ilusión*
en los ojos, que da pena:
despues que vió lo imposible
de mejorarse á la fuerza,
ha recurrido á otros medios;
al ungüento de la *oferta*,
al aceite del *olvido*,
mas no la valen sus tretas;
ese mal es *incurable*:

Dios la dé su gloria eterna.

—Y qué tal se halla *El Católico*?

—Calla! ni lo sé siquiera!

ignoro si vive ó muere,

si está despierto ó si sueña.

—Y has visitado á *La Española*?

—Tiene un poco de jaqueca

que la ocasionan *marcos*,

y la cuestion de Inglaterra

la ha removido la bilis

y el cuerpo de tal manera,

que la ha salido un *sir Bulver*

en la rodilla derecha:

esto la incomoda mucho

y la tiene descontenta,

pero yo la he recetado

el jarabe de *paciencia*,

mezclado en *tú lo has querido*

que pienso la pondrán buena.

—Y díme, ¿has visto al *Museo*,

á *Cupido*, á *La Luneta*?

y á ese rico *Afortunado*, á *La Tauromaquia*, á *La Escena*, á *La Luna*, á *Galeria* *tauromáquica*?...

—Echa! echa!

tengo yo los pies de hierro?

ya los veré cuando pueda.

esos no están de peligro,

á lo menos que yo sepa...

Conque adios, tío de mi alma,

me voy á dar una vuelta

por la casa.

—Serapito!

te mando que no te metas

en mi cuarto, porque luego

todo de pulgas lo llenas.

—Descuide usted, viejo mío;

donde voy es á la cueva

á preparar mis vestidos

para ir luego á la comedia.

La verbena de S. Juan.

Leyendo estaba en silencio

la *Gaceta* D. Cenón,

y las firmas sobre firmas

puestas á mas y mejor

por los vecinos de Osuna

en la felicitacion

que dirigen *orgullosos*.

al *ilustre vencedor*.

de motines y asonadas,

antes el *héroe* de Ardoz,

segun que así le nombraban

los mismos de su opinion

cuando detrás de su asiento

cierto ruido percibió:

volvió al momento la cara,

y sentado en un rincón

vió á su sobrino Serapio

cortando de un cojedor

con unas tijeras grandes

un pellazo de latón.

—Qué estás haciendo, Serapio?

al punto le preguntó.

—Ya verá V. cosa buena!

es un modelo! un primor!

vamos á ganar con esto

lo menos medio millon.

—Pero qué diablos?... espícatel!

—No se apure V., por Dios!

anoche se me ha ocurrido!

es un pensamiento atroz!...

voy á hacer con este hierro

la cruz de la Concepcion

conque al señor rey de Nápoles

no há mucho condecoró

doña María de la Gloria,

por su bizarro valor

y su buen comportamiento

con los de aquella nacion,

y...

—Papamoscas, por Cristo!

que si no dejas veloz

esa tarea, te agarro

y te doy un pescozon:

¿qué entiendes tú de esas cosas

siendo un bruto, como yo

te he dicho quinientas veces?

ven aquí, camaleón!

vamos á ver, ¿qué hay de nuevo

por Madrid?

—Nada, señor!

todo lo que hay en la corte

es mas viejo que Sanson;

los coches siguen corriendo;

los perros á su sabor

sín bozales; las cortinas
en la misma posición
que antiguamente...

—Ya veo
que olvidar es lo mejor
lo que no tiene remedio!
en eso llevas razón!
Y qué tal en la verbena
de S. Juan? se divirtió
la gente? No hubo desgracias?
ni riñas ni...

—No señor!
En dando á los españoles
un poco de diversion,
no piensan en otra cosa!
somos benditos de Dios
para eso! habiendo música
Y ALEGRÍA...

—En un farol,
según nos cuenta *El Heraldo*,
llevaban en procesion
ese letrado pintado.
—Caball! si lo digo yo!
con música y alegría
y buñuelos y licor,
se olvidan los españoles
hasta del que los crió!
y así mientras les quemáran
sus casas, y en conclusion
les robáran las mujeres
y las ropas y el sudor
y les echáran millones
á mas de contribucion,
¿qué importaba todo eso?
cuándo han estado mejor?
vivan la broma y la música
y la alegría!

—Chiton!
bárbaro amigo Serapiol!
no relinches.

—Se acabó!
—Y dime, ¿es cierto que iba
pintado en otro farol
este letrado y estotro,
vivan la paz y la union
y la reina y su gobierno?

—Quién ha tirado una cox
al dar á usted esa noticia?
—*El Heraldo*!

—Voto á brios!
me lo figuré al momento!
¿cuánta mentira precoz
dice ese pobre periódico!
—Si asegura que lo vió...
aquí lo tienes escrito!

—Ilusion sobre ilusion!

desengañese usted, tío!
esos lemas los soñó

El Heraldo aquella noche!

—Pues yo soy de otra opinion
y lo creo á pié juntillas!

—Qué quiere V.? Pues yo no!

—Mira, por señas que jura
que llamó mas su atencion
por ser fijo que en España
por popular y mejor
que un gobierno sea, el pueblo
nunca le presta ovacion
con vivas.

—Eso es decir

pues! como entre col y col,
que el des-gobierno de ahora
es popular... valte Dios

y las cosas de *El Heraldo*!

qué inocencia! qué candor!

—Y bien, Serapiol! lo crees?

—Cuando digo á usted que no!...

—Pero si lo vió *El Heraldo*!

—Entonces, una de dos!

ó lo soñó cual he dicho,
ó el mismísimo pintó
de su pluma, puño y letra
los lemas en el farol,

y con un medio durete

á cualquiera se lo dió,

para decir en seguida

en alta orgullosa voz,

«ese letrado es intérprete

de la pública opinion.»

—Serapiol! no te deslices,

eres un borrico atroz:

deja esas suposiciones

ó te doy un coscorrón.

Fuiste al Prado aquella noche!

—Sí! y á la Plaza Mayor,

y por mas que lo contrario

diga *El Heraldo* ramplon,

no hubo la mitad de gente

que otros años.

—El calor

tuvo sin duda la culpa:

¿y la reina paseó

en coche, como otras veces?

—Yo no la ví; no señor!

como *El Heraldo* asegura

que desde que Dios es Dios

tranquilidad tan profunda

nunca Madrid disfrutó

cual la que disfruta ahora;

por eso en su habitacion

nuestra augusta *soberana*
se estaria... por el temor
de que la tranquilidad
la diese algun *sofocon*.

—Serapio, has dicho una frase
que me ha promovido tos,
y si otra vez la pronuncias
me vá á arrancar el pulmón.
¿qué es eso de *soberana*?...

—Pues no se llama así?

—No!

—Cómo que no? lea usted
esta comunicacion
que ha escrito el *señor Isturiz*,
en Londres embajador,
por *inepto* despidiéndose
del ministro *Palmerstón*.

—Breve, Serapio!

—Palmerston!

es igual!

—Pues vive Dios!
que *mi augusta soberana*
dice aquí: tienes razon...
sin embargo, será efecto

de ligereza ó de error,
porque en todos los paises
en donde hay Constitucion!
rey no mas se llama el rey
sin mas nombres ni favor,
los que antes vasallos, súbditos
y el pueblo...

—Bien, D. Cenon!
estamos á la vereda;
pero todo ese primor
sucederá en las naciones
donde haya Constitucion,
mas ya vé usted que en España...

—Serapito! ten la voz
y echa ya un nudo á tu lengua
y calla que es lo mejor,
pues sin saber de qué modo,
y hablando sin ton ni son,
vamos entrando en política
y de eso no gusto yo:
vé á dar por ahí una vuelta
y luego, si quiere Dios,
con las noticias que traigas
tendremos conversacion.

himno de Papamoscas.

Resuenen doquiera tambores, clarines,
y empiecen trombones tambien á sonar,
y flautas, cornetas, platillos, violines,
guitarras, bandurrias y pitos al par:

Y pueblen los aires con mágico acento
las voces de veinte, de ciento y de mil,
y viva la broma, reinando el contento,
y hagamos guirnalda de buen peregril;

Y ornemos la frente del que ha levantado,
oyendo del pueblo y la prensa el clamor,
del que ha levantado... ¿lo digo?... EL ESTADO...
mas tente mi lengua; callar es mejor.

Que á ti por imbécil te está eso prohibido
y ciertas palabras no debes decir;
conque apunta y basta, que te han entendido:
ya puedes, si quieres, tu canto seguir...

Venga una botella del buen Carriñena
y vengan doscientas del rico Jerez,
y venga una cuba del Málaga llena
y del Valdepeñas un ciento á la vez:

Y alegres cantemos un himno al soldado
que *ansiendo* los males del pueblo *calmar*,
espléndido y bueno sin mas se ha dignado
lo que todos saben por fin levantar:

¡Vitor al caudillo y aplausos en suma,
y gloria al mancebo, *al bizarro adalid*,
que con solo un rasgo de su *férrea pluma*
ha vuelto la vida, la paz á Madrid.

Así, pues, resuenen tambores, clarines,
y empiecen trombones tambien á sonar,
y flautas, cornetas, platillos, violines,
guitarras, ofigles y pitos al par:

Y en bulla y jarana y soláz y contento
y en risas y bromas y alegre inquietud,
arrastre con alas terribles el viento
los vivas que demos por *fiel gratitud*.

A los toros!

¿Dónde mas bullicio habrá,
mas animacion ni vida
que en la puerta de Alcalá
en las tardes de corrida?

Ya cruza una carretela
y un *ómnibus* que la alcanza,
y una calesa que vuela,
y un *Collantes* que no avanza:

Ya un desaforado grita,
y otros juran ó maldicen,
y entre la bulla infinita
mil improprios se dicen:

Ya un severo juez, tal vez
el pié pisa á algun ladrón,
y con su justicia el juez
le pide humilde perdon:

Ya en medio de la algazara
atraviesa una manola
con mas púrpura en la cara
que contiene una amapola:

Ya unos aquí se atropellan
y se quejan ó se aguantan,
y otros allí se atropellan
y si se caen se levantan:

Ya apretándose los codos
paletos y caballeros
se exasperan, porque todos
quieren entrar los primeros:

Y la puerta se embaraza
y las costillas se hunden,
y entran al fin en la plaza
donde todos se confunden:

Y en ella sigue el jaleo
y la broma y gritería,
la zumba y el devaneo
la música y la alegría;

Hasta que el clarín resuena,
que es el que allí pone el mingo,
y salta un toro á la arena
como sucedió el Domingo.

Bicho bravo, aunque pequeño,
cornicorto y bien plantado,
entre confuso y risueño
y algo de mal humorado:

Hijo natural de Aleas
no se portó como un burro,
pues despachó tres obleas
y lo mató el señor Curro.

El segundo algo mas caco,
de Salvatierra á mi ver,
se contentó con un jaco
y en seguida echó á correr:

Mas en su cobarde huida
no le defendió el destino,
pues con mano toricida
lo mató el Salamanquino.

El tercero fué un portento
que hizo olvidar el segundo,
valiente, duro y cruento
y de Aleas oriundo:

Aseñó seis borricos
que fue grande maravilla,
y auxiliado de los chicos
lo mató el Camarailla.

Salió el cuarto, que era hermano
del segundo, y vió la gente
que fue tan bueno y humano
como su infeliz pariente.

Y si el quinto no hizo hazañas,
fue tal vez porque no quiso,
pero á pesar de sus mañas
no salió del compromiso;

Que aunque fiero y obstinado
pretendió evitar su suerte,
perseguido y obligado
al fin recibió la muerte.

El sexto, de Salvatierra,
duro, bravo y arrogante,
al declarársele guerra,
la volvió en suma bastante:

Despachó cinco cartones,
hizo correr á la gente,
movió algunos empellones
y murió como un valiente.

Y concluyó la funcion,
y el público dispersado
se disolvió la reunion,
y está mi cuento acabado.



Novidades.

El miércoles en la noche
por ser el aniversario
triste del fallecimiento
de Moratin (D. Leandro),

crítico ilustre y poeta
regenerador del teatro,
los de Madrid, presurosos
dieron en sus espectáculos

comedias de aquel ingenio,
su buena memoria honrando.

Las que con tino y acierto
puso el Príncipe en el caso,
fueron *La Comedia nueva*
y el *Baron*: de ellas no hablo,
porque es fama que en el Príncipe
nunca se hace nada malo,
aunque á mi ver, tambien suele
hacerse de vez en cuando.

La Cruz, *El sí de las niñas*,
en la cual recojió aplausos
la señora Samaniego,
y á mas el señor Tamayo,
pues saliendo de su centro,
como nunca trabajaron.
Se representó en seguida
el juguete nominado
La Crítica, que alcanzó
éxito brillante y raro,
pues abunda con efecto
en buenos golpes dramáticos,
en chistes y travesura,
y tiene viveza el diálogo:
en la escena el señor Vega,
autor de tan lindo cuadro,
recibió mil homenajes
á su talento preclaro.
Se cantó en seguida el himno
compuesto para este caso,
y si pasó buenamente
no hizo impresion en los ánimos:
en seguida Catalina
Dardalla, Ossorio y Lozano
leyeron composiciones
hechas al aniversario
por Hartzembusch y Zorrilla.

Breton y Vega, y es cuanto
aconteció en esa noche
de la Cruz en el teatro.

El del Instituto quiso
volar por los mismos campos,
y puso *La Mogigata*
que representó con tacto
la señorita Jimenez,
y en el papel de D. Claudio
se lució como acostumbra
el gracioso consumado
Caltañazor (D. Vicente):
los demás en su trabajo
tambien con inteligencia
sus partes desempeñaron;
y *gloria in excelsis Deo*,
y aquí mi cuento remato.

Concurrido y esplendente
el circo de Mr. Paul,
vá presentando espectáculos
de notable distraccion:
sigue la yegua *Taglioni*
ejercitando el primor
de su destreza en el baile,
de su buena educacion,
y los atletas han hecho
ejercicios *comm' il faut*:
por lo tanto pronostico
con muchísima razon,
que si sigue como ahora
el francés *Paul Laribeau*,
es decir, de bien á bueno
y de excelente á mejor,
tendrá continua en su circo
numerosa la reunion.

Puntos de suscripcion.

Ya que va todo hoy en verso,
justo es que en verso se indique,
que los *Martes* y los *Viernes*
este periódico insigne
se publica, y que *ainda mais*
por DOS REALES se suscribe
en la mismísima imprenta
que mas abajo se dice;
en la librería de *Cuesta*,
calle Mayor; y *Rodriguez*,

Carretas, número cuatro;
Carrafa, calle del Príncipe,
que es un almacen de música,
y está en el número quince;
y finalmente, en la tienda
de papel de los *Ruices*,
en la calle de Toledo,
con sus puntos y perfiles,
número cincuenta y cuatro...
El que quiera que se arrime:

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.